
**El instinto de creer. La psicología de la fe,
el destino y el significado de la vida,**
Jesse Bering 169
Paloma Curieses, Adolfo López y Rocío Jiménez

La ciencia. Su método y su filosofía,
Mario Bunge 171
Salvador López Arnal

**Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad
a la revolución urbana,** David Harvey 174
José Luis Fernández Casadevante

**Land and Resource Scarcity. Capitalism, struggle
and well-being in a world without fossil fuels,**
Andreas Exner, Peter Fleissner, Lukas Kranzl y
Werner Zittel (eds.) 176
Luis González Reyes

El instinto de creer. La psicología de la fe, el destino y el significado de la vida

Jesse Bering

Editorial Paidós Ibérica, 2012

288 págs.

«En la historia de nuestra especie, somos la primera generación que se enfrenta directamente a todo el peso científico de un razonamiento que convierte a un dios personal en algo innecesario y muy improbable» (p. 226).

Jesse Bering (1975) es psicólogo evolucionista, y dirige el Institute of Cognition and Culture de la Queen's University Belfast. Investiga en colaboración con la Oxford University en el proyecto *Explaining Religion Project*, además de publicar con frecuencia en diversas revistas de corte científico y en varios medios de información. El libro que reseñamos a continuación es su primera obra (seguida por *Why is the Penis Shaped Like That? And Other Reflections on Being Human*, Farrar, Straus & Giroux 2012).

El autor analiza, desde una perspectiva evolucionista, el fundamento psicológico de las creencias que subyacen a las religiones. Éstas son un vasto campo de la experiencia humana colmado de sentimientos e ideas presentes desde la infancia, bajo las cuales se hallan latentes toda una serie de mecanismos psicológicos. Ideas tales como el destino, el alma, la otra vida o el significado de la existencia son consideradas por el autor como *ilusiones cognitivas* que «trascienden la religión y alcanzan a casi todas las sociedades humanas del planeta» (p. 219). Tras examinar los mecanismos psicológicos en que se basan estas creencias, estudiará la posibilidad de que Dios evolucionase como una ilusión de la mente humana que debió ser útil para la adaptación de la especie, es decir, como una «ilusión adaptativa», generada con la aparición del lenguaje y la práctica del *chismorreo* humano. La prioridad del autor en esta obra es deter-

minar qué clase de mente hace falta para pensar en la idea de Dios, para lo cual un factor decisivo es la capacidad de poder pensar en otras mentes.

La argumentación de la obra recibe su justificación de experimentos psicológicos, conjeturas evolucionistas y descubrimientos recientes en las ciencias cognitivas. El científico cognitivo Daniel Dennett sugiere que los seres humanos somos animales profundamente intencionales, y que «la estrategia básica de la postura intencional es tratar la entidad en cuestión como un agente capaz de predecir y de este modo explicar, en cierto sentido, sus acciones y movimientos» (p. 34). Así, cuando alguien rompe nuestras expectativas o nos confunde con sorprendentes conductas, ponemos en marcha nuestra maquinaria para leer el pensamiento del otro. Incluso aplicamos esta *teoría de la mente* a categorías de seres no apropiadas, viendo intenciones, deseos y creencias en objetos inanimados. Esta atribución de intencionalidad responde a la *teleofuncionalidad*, a saber: suponer que las acciones de un ente cualquiera se ejecutan respecto a un fin o un plan que éste realiza de manera intencionada, en lugar de ser únicamente un producto de causas físicas. Ejercitando en exceso la teoría de la mente se reflexiona sobre la intención de un objeto, de una situación e, incluso, del mundo; así, tratar de responder a la pregunta sobre la finalidad de la vida presupone de antemano la existencia de un agente intencional cargado de objetivos para con nosotros: convirtiéndola en *la historia de una ilusión*.

La teoría de la mente también influye en nuestra capacidad para razonar con claridad sobre la muerte, creyendo incoherentemente en la presencia de estados mentales de inexistencia, pues nos permite pensar en la existencia de la mente sin actividad cerebral. La muerte es siempre la muerte del otro: no podemos imaginarnos nuestra propia muerte, dado que el hecho de hacerlo ya supone asociar un estado mental a un estado que carece de ello por definición. Pero lo paradójico es que nos creemos *curiosamente inmortales*. La creencia en un

alma inmortal es fruto de aplicar la teoría de la mente a otras personas cuando ya no están presentes; evolutivamente, sugiere el autor que esta habilidad se debe a la importancia de reconocer la muerte física de otros seres vivos en el proceso adaptativo, mientras que conjeturar su muerte “mental” carecería de trascendencia evolutiva, quedando así como residuo de la teoría de la mente el seguir atribuyendo estados mentales a otros seres vivos una vez éstos han expirado. Ello queda patente en numerosas encuestas en las que se muestran casos de personas que, aun declarando no creer en la vida después de la muerte, siguen adscribiendo estados mentales a individuos ya fenecidos, o personas que creen que los acontecimientos de su vida se organizan respecto a un orden aleccionador.

A pesar de que nuestra vida es *una vida sin sentido* intrínseco, tendemos a pensar que los acontecimientos naturales son algo más: o bien mensajes divinos o bien sobrenaturales, un más allá que deriva de la manera peculiar en que ha evolucionado nuestro cerebro con una teoría de la mente que nos condiciona a pensar en causas intencionales subyacentes. Por ejemplo los autistas –que tienen clínicamente dañadas ciertas capacidades relativas a la teoría de la mente– tienen menor predisposición a pensar que los sucesos naturales encierran algún mensaje sutil oculto. En el otro extremo estaría el trastorno de esquizofrenia paranoide: sujetos que ven *signos, signos, signos por todas partes*.

Esto lleva a la idea de que hay un destino adscrito a cada uno de nosotros, así como explica el que se necesite encontrar un agente intencional para que los desastres ocurridos adquieran significado, facilitándose cierta sensación de control. Lo que está, además, estrechamente relacionado con el ámbito moral, pues permite atribuir ciertas desgracias a faltas cometidas en contra de los dictámenes religiosos (como la homosexualidad, la eutanasia, etcétera).

Cuando Dios arroja a la gente desde los puentes, aun sabiendo cómo ha sucedido, no paramos de preguntarnos por qué nos ha suce-

dido precisamente a nosotros. De nuevo las desgracias se presentan crípticas y simbólicas. Necesitamos encontrar un agente intencional que dote de significado lo sucedido y nos reporte cierta sensación de control: necesitamos a *Dios como ilusión adaptativa*. Un experimento –llevado a cabo por el autor y conocido como *experimento de la princesa Alicia*– que investigaba la psicología subyacente a esta capacidad humana de interpretar mensajes y augurios reveló que, para ver mensajes en los acontecimientos naturales, hace falta el concepto explícito de un agente sobrenatural específico, probablemente adquirido de fuentes culturales.

Como señala el autor, «nuestra especie desarrolló la capacidad relativamente novedosa de discurrir sobre los estados mentales de otros. La teoría de la mente tenía un enorme valor de supervivencia porque permitía a nuestros antepasados ser empáticos y muy cooperativos, y, al mismo tiempo, más maquiavélicos y estrategias al engañar a propósito a sus competidores. No obstante, el viejo cerebro con su correspondiente “preteoría de la mente” nunca desapareció, y tampoco los instintos impulsivos, hedonistas y desinhibidos que lo acompañan» (p. 194).

Las reglas del juego cambiaron cuando entró en escena el lenguaje, pues gracias a éste fue posible transmitir información social estratégica a terceros ausentes y, en general, a la hora de tomar decisiones relacionadas psicológicamente con la adaptación y la reproducción: pues cuanta más información se tiene sobre los otros individuos de la comunidad social, en mejor posición se encuentra un competidor. Sería el chismorreo un elemento básico del sentimiento moral de la comunidad, porque todo aquel comportamiento susceptible de perjudicar la reputación del individuo puede ser comunicado de unos a otros, perjudicando así sus perspectivas de reproducción. Y, posteriormente, en una dirección global, la teoría de la mente absorbería los sucesos naturales aisladamente y en su conjunto, la historia individual y social, reflejándose de diversos modos en la mitología de las sucesivas y aún presentes religiones.

Esta polaridad de la conciencia del ser humano, que el autor respalda en las investigaciones neurocientíficas, señalan la parte de *cerebro reptiliano* como esa porción de *bestia* del ser humano (aquella de los impulsos a reprimir) que contrasta con la parte cortical del cerebro donde residen los procesos neuronales del lenguaje y la empatía, necesarios para desarrollar la teoría de la mente con la que asignar procesos mentales a otros entes y precaverse de conductas perniciosas. La “mente que todo lo ve” estaría presente en cada momento en la conciencia de los sujetos, sirviendo de freno para las conductas antisociales repudiadas por el grupo. “Dios” sería el refinamiento de esta capacidad evolutiva.

Concluye Bering señalando que «el verdadero problema es éste: sabiendo lo que sabemos ahora, ¿es sensato confiar en que nuestras evolucionadas intuiciones mentales, subjetivas, sean indicadores fiables de la realidad exterior a nuestra cabeza, o, en lugar de ello, es más razonable aceptar la posibilidad de que tales intuiciones surjan realmente de propensiones cognitivas que, quizá por razones biológicas adaptativas, alejan básicamente nuestro pensamiento de la realidad objetiva?» (p. 224-225). La obra de Bering sigue la vertiente atea de la teoría de la evolución, ámbito en el cual los expertos conciben la religión como un subproducto de nuestro devenir biológico. Su forma de tratar este tipo de cuestiones tan enigmáticas no dejará indiferente a casi nadie.

*Paloma Curieses, Adolfo López y
Rocío Jiménez,*
Facultad de Filosofía y Letras de la UAM

La ciencia. Su método y su filosofía

Mario Bunge

Laetoli, Pamplona

142 páginas

No es necesaria ninguna presentación. Mario Bunge es uno de los filósofos de la ciencia más reconocidos del mundo y, muy probablemente, el filósofo hispánico vivo de mayor repercusión internacional.

Sí, en cambio, un breve apunte sobre la Biblioteca de Laetoli que lleva su apellido.

«Biblioteca Bunge», la colección en la que se edita el libro que comentamos, agrupa libros agotados o descatalogados del autor, libros todavía no traducidos al castellano (no son pocos) o libros que son conocidos en algunos países de habla castellana pero que son desconocidos en otros países. Los textos serán revisados nuevamente por Mario Bunge e incluirán prólogos escritos especialmente para la edición. Aparte de *La ciencia. Su método y su filosofía* [LASMSF], están anunciados *Materialismo y ciencia*, un libro que interesó a Manuel Sacristán y *Pseudociencia e ideología*. Para cualquier persona interesada en la filosofía, en la obra del físico y filósofo argentino o en asuntos de epistemología, en sentido amplio o desde una perspectiva de especialista, una gran alegría intelectual. ¡Felicidades a Laetoli por la decisión! ¡Felicidades al profesor Bunge!

El libro fue editado por vez primera en 1959. Aquí se presenta siguiendo la edición de 1994. Su autor lo presentaba así en la primavera de ese año, desde la McGill University de Montreal donde ha impartido clases durante décadas: «Esta es una introducción a la metodología científica y a la filosofía de la ciencia o epistemología. Es libro de texto en toda Hispanoamérica. Desgraciadamente, muchas ediciones del mismo en media docena de países son clandestinas y por ello descuidadas. La obra reaparece hoy corregida y aumentada con un capítulo que la

pone al día con la popular filosofía y sociología de la ciencia inspiradas en Thomas S. Kuhn y Paul K. Feyerabend" (p. 13).

Así pues, a los cuatro capítulos de la edición original –«¿Qué es la ciencia?», «¿Cuál es el método de la ciencia?», «¿Qué significa ley científica?» y «Filosofar científicamente y encarar la ciencia filosóficamente»–, se le añadió en la edición de 1994 un nuevo capítulo –«Una caricatura de la ciencia: la novísima sociología de la ciencia»– y ahora, en esta edición, un nuevo prólogo fechado en invierno de 2013, un Bunge en estado puro y en plena forma.

De la sensatez epistemológica del filósofo argentino hay numerosas muestras a lo largo del libro. Por ejemplo, en su muy razonable diferencia entre ciencia formal y ciencia fáctica (pp. 16-22), en el inventario de las quince características principales de la ciencia fáctica (pp. 23-42), en la distinción entre veracidad y verificabilidad (pp. 46-48), en su aproximación a las hipótesis científicas (pp. 48-51), en su concepción de los métodos científicos (pp. 51-63), en las páginas, matizadas y ricas, que dedica a la temática de los cuatro significados del concepto de ley científica (todo el capítulo 3, páginas 75-90), etc.

Dos ejemplos de su claro y enérgico estilo epistemológico como muestra. El primero: «La ciencia es ciertamente comunicable; si un cuerpo de conocimiento no es comunicable, por definición, no es científico» (p. 67). El segundo: «No se conoce otro remedio eficaz contra la fosilización del dogma –religioso, político, filosófico o científico– que el método científico porque es el único procedimiento que no pretende dar resultados definitivos. El creyente busca la paz en la aquiescencia; el investigador, en cambio, no encuentra paz fuera de la investigación y la disensión» (p. 73).

El cuarto capítulo, la clase inaugural del curso de Filosofía de la Ciencia que el autor dictó en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires el 5 de abril de 1957, desarrolla la temática del lugar de la epistemología en la universidad argentina de aquellos años, e incluye tesis que trascienden el asunto central y el momento de la intervención.

Esta, por ejemplo, que critica lecturas fijistas de distinciones neopositivistas sobre la separación entre contextos de justificación y descubrimiento: «Muchos epistemólogos hallan tan interesante y fructífero el estudio del proceso de descubrimiento e invención como el de la exposición y justificación de los resultados. Más aún, la historia de la ciencia, si en ella se incluye la más reciente, es nada menos que la proveedora de la materia prima de la epistemología. ¿Por qué ha de interesar la dinámica de la ciencia menos que su estática? Es razonable que un interés profundo por las ideas y los actos nos [errata: aparece un no por este nos] lleve a inquirir por sus orígenes y desarrollo» (p. 100). El epistemólogo que descuida o desdeña la historia de las ideas científicas y filosóficas, señala poco más tarde Bunge, «adopta una postura tan altanera y cerrada como la del historiador de la filosofía que ignora la existencia de la filosofía de la ciencia o la confunde con el movimiento negador o retaceador de la ciencia» (p. 101). Manuel Sacristán y Paco Fernández Buey hubieran aplaudido si hubieran estado presentes el día de esa intervención. Por lo demás, la reflexión y posición de Bunge en la temática de «Ciencias y humanidades» (pp. 103-106) tampoco está muy alejada de las tesis del segundo de los autores citados. Léase «Por una tercera cultura» para comprobarlo.

Probablemente para el lector actual, la joya epistemológica de este libro sea el capítulo que cierra el volumen, su crítica a ciertas corrientes de la sociología de la ciencia contemporánea. Para Bunge, son practicantes de una caricatura de la ciencia. Con sus propias y rotundas palabras. «¿Qué diríamos de un sociólogo que, sin saber ni jota de ciencias naturales, publicase informes sobre el contenido de datos, teorías y controversias biológicas? Que pertenece a la novísima escuela de sociología de la ciencia, la que rechaza rotundamente los principios de sociología de la ciencia enunciados y puestos en práctica hacia fines de la década de 1930 por el sociólogo norteamericano Robert K. Merton y sus discípulos directos o indirectos» (p. 113). Para el autor argentino, Kuhn y Feyerabend serían los

profetas de esa corriente sociologista indocumentada

Al entrar en materia más detallada, Bunge escribe en ocasiones con trazo grueso. Afirma, por ejemplo, al hablar del externalismo radical global: «La sociedad entera segrega o construye las ideas científicas, de modo que no hay diferencia entre interior y exterior, micronivel y macronivel, o contenido y contexto. Esta tesis fue expuesta originariamente por Karl Marx en sus libro *El 18 brumario de Luis Bonaparte*» (p. 116). ¿Cuándo ha afirmado Marx que la sociedad entera construya ideas científicas? ¿Cuándo ha sostenido que no hay diferencia entre contenido y contexto?

Como era de esperar, las críticas al segundo Wittgenstein, a Heidegger, a Woolgar, a Knorr-Cetina, a Mulkay y a Latour están más que presentes a lo largo y ancho del apartado. Se trataba de eso. Su tesis resumida: «La NSS [la nueva sociología de la ciencia, que ahora es más bien madurita] imputa intereses económicos o políticos a quienes no los tienen y ve contenidos ideológicos donde no los hay, particularmente en matemáticas y en ciencias naturales. En cambio, se le escapan los peces gordos» (p. 135). Por ejemplo, señala, no han investigado por qué el Gobierno conservador de Ronald Reagan redujo drásticamente los subsidios a la investigación en ciencias sociales y por qué el Gobierno de Thatcher los recortó para todas las ciencias.

Bunge conjetura las razones de la emergencia de la NSS a finales de los años sesenta. La NSS nació junto y en interacción con las revueltas estudiantiles que culminaron en los sucesos de mayo de 1968. El movimiento no sólo combatió la intervención usamericana en Vietnam, más que razonable y justa para él (la crítica, no la intervención criminal desde luego) sino que se rebelaron contra el *establishment* en su conjunto. Y estos jóvenes, señala paternalmente Bunge, extraviados por Marcuse, Habermas y otros ideólogos que no cita, esos jóvenes de cuyas buenas intenciones él no duda, «percibían la ciencia y la técnica como ideología del orden constituido. Por consiguiente la culparon de todos los pecados cometidos por políticos y empresarios. En parti-

cular, la culparon de la carrera armamentística, de la degradación ambiental y de la explotación económica» (p. 135). Como las gentes necesitamos creer en algo, en opinión de Bunge, muchos de esos rebeldes abrazaron doctrinas irracionales (mística oriental, ocultismo, existencialismo, escepticismo radical). En particular, el anarquismo gnoseológico que se resume en el todo vale de Feyerabend. De ahí, el nacimiento y desarrollo de la corriente sociológica que él tanto critica.

El prólogo, el texto más reciente, tiene todas las virtudes y también algunos defectos de determinadas pintadas descuidadas del autor. Así, junto a la razonable posición de que la filosofía es conveniente para practicar la ciencia, no cualquier filosofía claro está, porque todos los investigadores científicos presuponen o dicen usar algunos principios filosóficos que rara vez examinan, el autor de *La investigación científica*, libro traducido por su amigo Manuel Sacristán, afirma que «a la caída de la filosofía marxista contribuyó decisivamente la del Imperio soviético. De un día para otro quedaron cesantes decenas de miles de profesores de esa filosofía y dejaron de venderse las obras completas de Lenin, que hasta entonces se vendían más que la Biblia» (p. 8), o que el marxismo está en crisis y punto y aparte (p. 7), o que los Beatles o Presley arrinconaron, así, sin más, a la música culta (p. 7). A un tiempo, Bunge no se corta ni un pelo para criticar a la mayoría de los autores que contribuyeron a un número especial de *Science* (12 de mayo de 2012) sobre el conflicto humano. ¿Por qué? Por insuficiencia de contrastación empírica de sus tesis y por pobreza conceptual en sus distinciones. Y habla de científicos con nombre y largo currículo.

En síntesis: un libro magnífico que exige, para su provechosa lectura, el mismo espíritu crítico que su autor ejerce ininterrumpidamente sobre los más diversos temas y desde siempre.

Incorporar un índice de nombres y analítico es una sugerencia para las futuras publicaciones.

Salvador López Arnal
es miembro del Centro de Estudios y
Movimientos Sociales

Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana

David Harvey

Akal, Madrid

240 págs.

Habrán sido muy pocas las personas preocupadas por las transformaciones de las dinámicas urbanas y los movimientos sociales que no se hayan sentido interpeladas por el sugerente título del último libro del geógrafo más citado durante los últimos años. Las agudas aportaciones que David Harvey ha realizado a la hora de pensar el despliegue del neoliberalismo, analizando profundamente sus impactos espaciales y las resistencias urbanas que ha ido generando este proceso, han hecho de él un teórico de referencia para el pensamiento crítico.

El presente libro es una recopilación actualizada de diversos artículos publicados durante los últimos años en distintas revistas especializadas o militantes, por lo que aborda un conjunto variado de temáticas cuyo hilo conductor sería la ciudad, la crisis y las repuestas sociales. La apuesta editorial por compilar artículos presenta algunos problemas derivados del formato, como pueden ser que se produzcan ciertas reiteraciones, que resulte menos evidente la continuidad del discurso o se de una fuerte asimetría entre la longitud y profundidad de los distintos artículos. Dos grandes bloques dividen la obra, una primera parte más teórica y analítica, que es acompañada de otra más centrada en el papel de los movimientos sociales urbanos y los desafíos que deben enfrentar para reorganizar las ciudades de forma socialmente más justa y ecológicamente más sostenible.

El texto con el que arranca la obra se titula *El derecho a la ciudad* y presenta la evolución histórica de este concepto desde que lo definió H. Lefebvre en el convulso 1968. Una noción olvidada, más allá de las modas teóricas, hasta que ha sido rescatada por las coaliciones de movimientos sociales urbanos por el derecho a

la vivienda de los barrios populares de ciudades del Sur Global y posteriormente del Norte. Una fórmula que viene a plantearse como una manera de incorporar derechos urbanos (vivienda, espacio público, equipamientos, centralidad, movilidad...) junto a derechos culturales, socioeconómicos o políticos, que condicionan o hacen reales los anteriores (lenguaje, identidad, formación, empleo, igualdad jurídica...). *El derecho a la ciudad parte del principio de que este conjunto de derechos forman un todo: si no se tienen todos a la vez, incluso aquellos que se consiguieron dejan de ser reales. La vivienda sin movilidad, o sin empleo, o sin conocimiento de la lengua y la cultura del lugar, no permite ejercer como ciudadano.*

Este metaderecho se encuentra cercenado por la relación existente entre la absorción de los excedentes de capital y su reinversión en los procesos de urbanización, lo que suele traducirse en una captura de los beneficios por inversores y promotores urbanos a costa del desplazamiento espacial y la desposesión permanente de las clases populares. El derecho a la ciudad reivindica un control democrático de los excedentes, que impida al capitalismo disponer de libertad para recrear constantemente las geografías urbanas a favor de los especuladores e inversionistas.

El segundo artículo aborda la estrecha relación entre las sucesivas burbujas inmobiliarias y las inversiones financieras especulativas de los excedentes del capital acumulado. Insertando la presente crisis en el marco de una dinámica recurrente que se ha ido repitiendo cada varias décadas a lo largo de los últimos 150 años.

El tercer artículo, sin duda uno de los mejores del libro, se centra en el debate en torno a los bienes comunes urbanos, donde Harvey problematiza en profundidad algunas de las reflexiones de la premio Nobel de economía Elinor Ostrom. Enfatizando la dificultad de trasladar de forma automática a la escala urbana las prácticas de gestión local y comunitaria de recursos estratégicos llevadas a cabo por comunidades relativamente reducidas de personas. Harvey

aborda las dificultades y contradicciones de este tipo de propuestas, interrogándose sobre la viabilidad de gestionar de forma totalmente horizontal los bienes comunes de las complejas ciudades actuales, abordando los problemas cualitativos que surgen al cambiar de la escala vecinal a la regional, o cuestionándose sobre cual debería ser el papel del Estado y los límites del autonomismo local.

La ciudad como bien común condensado, representa una suerte de patrimonio colectivo acumulado en conflicto permanente entre las lógicas del bien común y las del mercado capitalista. *Los bienes comunes no son, por tanto, algo que existió en otro tiempo y se perdió, sino algo que sigue produciéndose continuamente, como los bienes comunes urbanos. El problema es que también siguen siendo continuamente expropiados por el capital en su forma mercantilizada y monetizada, aunque sigan siendo producidos por el trabajo colectivo.*

La primera parte del libro se cierra con un interesante artículo titulado *el arte de la renta* donde se explora la producción de rentas urbanas ligadas a la singularidad de determinados entornos urbanos como espacios privilegiados a la hora de atraer inversiones y reactivar la actividad comercial. El capital se apropia y comercializa dichas particularidades mediante dispositivos como la “marca de ciudad” a la hora de promover el turismo. *«Si las pretensiones de unicidad, autenticidad y especificidad sostienen la capacidad de captar rentas de monopolio ¿qué mejor terreno para plantearlas que el de los artefactos y las prácticas culturales históricamente construidos y las características medioambientales especiales, incluido, por supuesto, el entorno construido, social y cultural?»*. Una dinámica que obligatoriamente genera contradicciones entre la tendencia a homogeneizar, mercantilizar y folklorizar dichas distinciones locales, y, por otro lado la necesidad de valorar la singularidad y la originalidad de prácticas divergentes y resistentes que pueden devenir incontrollables y que abren espacios potenciales para la construcción de alternativas.

Lo que se plantea de fondo es que sectores de la sociedad se van a beneficiar del capital simbólico construido por sus estilos de vida presentes y pasados, la memoria colectiva o la estética de una ciudad

La segunda mitad del libro es más breve y se abre con un texto titulado *Reclamar la ciudad para la lucha anticapitalista*, en el que se plantea la centralidad de las ciudades en las luchas pasadas y en los escenarios previsiblemente conflictivos en el futuro próximo. El texto plantea que *se acostumbra a medir la eficacia de las protestas por su capacidad de alterar las economías urbanas* y la dificultad actual de realizar dichos cortocircuitos por parte de la pluralidad de movimientos opositores difusos que carecen de una coherencia política global. El texto plantea las limitaciones de las teorías revolucionarias clásicas, tanto de la toma del poder para hacer del Estado protector de la sociedad mediante políticas redistributivas y de bienestar social, así como de la *teoría termitera* vinculada a los movimientos autónomos encargado de roer los apoyos institucionales y materiales del capital hasta que se derrumbe, a la vez que van ensanchando un mundo alternativo. Defendiendo teóricamente una suerte de híbrido entre estas dos corrientes.

Además el texto analiza detalladamente procesos como las insurrecciones urbanas de la ciudad de El Alto en Bolivia, poniendo en valor la traducción a los entornos urbanos de las formas de organización y cosmovisiones indígenas sobre las que se han sostenido las revueltas. También dedica un apartado a las Cooperativas de Mondragón como un referente de economía alternativa y enfatiza el papel de las luchas vecinales y comunitarias, más allá de las que se dan en los centros de trabajo. *«Los movimientos sociales urbanos suelen organizarse precisamente en torno a cuestiones derivadas de las manifestaciones de poder de clase en torno a la forma de vida, y no solo a la explotación del trabajo; pero eso no les quita su contenido de clase, aunque se articulen primordialmente en términos de derechos, ciudadanía y protesta*

contra las penalidades asociadas a la reproducción social».

Y por último encontramos un breve artículo sobre lo que ha supuesto el movimiento Occupy Wall Street como expresión estadounidense de un ciclo de acción colectiva que arrancaba en las plazas árabes y europeas. El revulsivo que ha supuesto en la cultura política local y el papel que tiene que jugar como contrapeso aglutinador y simbólico de la lucha de clases reactualizada por el neoliberalismo.

En definitiva, nos encontramos ante un libro bastante desigual donde se recogen bastantes destellos de la genialidad de Harvey como analista urbano y económico, pero que flojea un poco más en la compleja y difícil tarea de pensar cómo se articulan y desarrollan las alternativas.

José Luis Fernández Casadevante
Garúa S. Coop. Mad.

Land and Resource Scarcity.
Capitalism, struggle and well-being in a world without fossil fuels

Andreas Exner, Peter Fleissner, Lukas Kranzl y Werner Zittel (eds.)

Routledge. New York, 2013

320 págs.

Este año ha sido editada en inglés esta obra coral. Un libro que parece pensado sobre todo para personas activas en los movimientos sociales, pero también para quienes sientan inquietud ante la situación de crisis global que estamos viviendo.

El primer elemento a destacar del texto es que, contra lo que suelen ser los libros en los que cada capítulo está escrito por distintas personas, en este caso el trabajo de edición ha permitido que unos capítulos se enlacen bien con

otros, no se repitan ideas y el resultado sea un bloque coherente con ideas fuerza claras y trabajadas a lo largo de toda la obra.

Una segunda virtud del libro es que abre bien la mirada para intentar dar una visión compleja de la realidad. Se abordan de forma entrelazada aspectos sociológicos, económicos, ambientales, energéticos o psicológicos. Solo este tipo de análisis son los que permitirán encontrar salidas satisfactorias a la crisis civilizatoria en la que nos encontramos.

La tesis central del libro es que, en el contexto de creciente dificultad para acceder a los combustibles fósiles y a distintos recursos estratégicos, el control de la tierra va a ser un elemento estratégico central. Tras justificar extensamente esta afirmación, el libro lanza una serie de reflexiones sobre posibles estrategias a seguir por parte de los movimientos sociales desde la perspectiva del decrecimiento solidario. Estas estrategias necesitan trascender al capitalismo, que no tiene posibilidad de dar soluciones justas y, mucho menos, en un mundo con los recursos disponibles cada vez más escasos.

En el primer capítulo («Exiting the multiple crisis through “green” growth?») se describe la crisis actual como múltiple, entrelazando sus partes económicas, ambientales y políticas. En esta descripción se hace especial incidencia en la importancia de la energía y la dimensión espacial en el capitalismo, mostrándose como la salida a la crisis energética no puede ser dentro del marco del capitalismo, sino bajo otros paradigmas.

«The end of the black epoch» hace un recorrido detallado sobre el pico de extracción del petróleo, gas y carbón. También distingue entre las calidades energéticas de distintos tipos de combustibles fósiles líquidos (por ejemplo entre los agrocarburos y el petróleo convencional) y sólidos (diferentes tipos de carbón). El capítulo detalla los lugares del planeta donde estos recursos son y serán más abundantes y, por lo tanto, tienen y tendrán una importancia geoes-tragética más central. En cambio otras zonas,

como Europa, tendrán muchos más problemas de acceso a la energía.

El siguiente capítulo («The stuff of the green revolution») aborda la dependencia de la agricultura industrial de los fertilizantes sintéticos y, en concreto, la importancia clave del pico del fósforo. Además, también recalca la inevitable reducción de la producción agroindustrial como consecuencia del pico del petróleo.

En cuarto lugar, el libro trata, partiendo de un análisis histórico, la minería. Muestra como ha estado relacionada con el patriarcado, la esclavitud, el capitalismo y la guerra. Además aborda los impactos ambientales de la minería. Y, siguiendo la línea de los dos capítulos anteriores, trata el pico de varios minerales básicos, como el cobre, y la dependencia del petróleo de la minería actual. Esto implica que el desarrollo de las energías renovables tendrá serios problemas de disponibilidad de metales básicos en el futuro, sobre todo en espacios como Europa. Por último, el capítulo repasa cómo las luchas sociales están consiguiendo entorpecer algunos de los proyectos mineros. Este capítulo lleva el título de «Mining between comeback and dead end».

Una vez hecha esta descripción del contexto ambiental y sus implicaciones socioeconómicas, el libro argumenta cómo el control de la tierra va a ir adquiriendo cada vez una centralidad mayor («Land and the centrality of biomass»). Al igual que en el capítulo anterior, este comienza con un recorrido histórico del uso de la biomasa y los conflictos sociales por el control de la tierra, destacando la importancia de los cercamientos para el nacimiento del capitalismo. En este recorrido se señala como el inicio del uso masivo de los combustibles fósiles marcó un punto de inflexión en la concepción social y económica de la tierra y la biomasa, que pasó a un segundo lugar. Pero, con la llegada del pico de los combustibles fósiles, la importancia del control de la tierra vuelve a ser clave, algo que se está reflejando en el incremento de las luchas alrededor de ella.

Esto último es justo el tema central del siguiente capítulo («The new land grab at the

frontiers of the fossil energy regime»). Aquí se entrelaza el modelo alimentario en crisis que ya se había abordado, las dinámicas y necesidades inversoras del capitalismo global y el pico del petróleo, para justificar un nuevo ciclo de cercamientos, sobre todo en lugares como África, llevados a cabo por grandes capitales con el apoyo de instituciones como el Banco Mundial. El capítulo muestra algunos casos concretos en el África subsahariana, tanto de acaparamiento de tierra, como de luchas sociales exitosas hacia la redistribución.

El capítulo séptimo («Possible futures among dictatorship, chaos, and living well») abre la puerta a lo que podría ser la tercera parte del libro, en la que se hace una prospectiva de futuro y, sobre todo, se lanzan reflexiones estratégicas para los movimientos sociales emancipadores. Este capítulo argumenta que el futuro no está escrito y que, aunque lo abordado hasta ahora podría configurar un escenario poco halagüeño, este depende en última instancia de las luchas sociales que se desarrollen, igual que ha sido en el pasado. Para hacer este ejercicio de política ficción se manejan varios escenarios posibles y se analizan tres países concretos (Japón, Corea del Norte y Cuba) que han pasado, con muy diferentes conclusiones, situaciones de escasez de recursos energéticos. La tesis principal que defiende el texto es que, cuanto más importante es la solidaridad en la sociedad y más bienes comunes siguen existiendo, mayores facilidades hay para una salida emancipadora a la crisis energética y viceversa.

«De-growth Solidarity: the great socioecological transformation of the twenty-first century» parte de resumir la interrelación entre la tierra, los recursos, el capitalismo (y su necesidad intrínseca de crecimiento) y las luchas sociales que se vienen recalando a lo largo de toda la obra. A partir de ahí, reflexiona sobre cómo avanzar hacia el decrecimiento solidario en un mundo con cada vez menos recursos energéticos. Este decrecimiento solidario está caracterizado por una economía solidaria en bienes comunes que permiten la reciprocidad. El punto

nuclear de esta transición lo sitúa en cómo articular relaciones cooperativas en distintos niveles, sobre lo que lanza reflexiones.

Finalmente, «A strategy of double power: the state and global regulation» parte de un análisis del papel del Estado en la articulación social y en el capitalismo. A partir de ahí reflexiona sobre su posible desarrollo en una transición basada en el decrecimiento solidario. Por una parte, el Estado puede servir para impulsar políticas desde arriba, pero a la vez hay que articular la sociedad para crear autoorganización que vaya disolviendo el Estado. Esta propuesta se concreta en la gestión de recursos a nivel global.

Este último tercio del libro es el que se presta más a la discusión. La primera parte aporta datos actualizados y bien escogidos para describir la crisis global actual, pero probablemente a quien ya ha leído sobre el tema no le aporte nada cualitativamente nuevo. La segunda refleja un elemento central del marco de juego futuro (y cada vez más presente): la tierra. Pero es la discusión estratégica sobre la que los movimientos necesitamos más discusión. Al respecto, el texto ofrece aportaciones relevantes, aunque es necesario profundizar más en ellas. También hace falta analizar con más detalle algunas de las implicaciones del pico de los combustibles fósiles, como la relocalización de la economía y de las sociedades, algo sobre lo que no entra el libro más que tangencialmente.

Por último, además de discutir sobre estrategias posibles, también es útil imaginar los escenarios posibles con algo de detalle: ¿cómo serán las aglomeraciones humanas?, ¿en qué sentido se transformarán los Estados?, ¿cómo cambiarán las subjetividades sociales?, ¿cómo será la economía?, ¿cuáles serán las emociones dominantes en el cuerpo social?, ¿qué tipo de relaciones internacionales dominarán?, ¿cómo evolucionarán las relaciones de dominación? Esto es útil, pues permite dotar a la discusión estratégica del contexto posible en el que se va a mover. Este ejercicio no lo realiza este libro pues escapa de sus objetivos, pero el texto

dota de herramientas teóricas y empíricas para poder llevarlo a cabo, lo que es una virtud más del texto.

Luis González Reyes
es miembro de Ecologistas en Acción
y de FUHEM